

PARTE 2. Cómo La Fe Abre Las Aguas

Una vez que los hebreos salieron de Gosén, Dios los guio con una columna de fuego por la noche y una nube por el día. La columna de fuego les daba luz para ver y los protegía del frío; la nube los resguardaba del brutal sol y el calor opresivo del día.

Cuando seguimos a Jesús, Él nos provee luz para iluminar nuestras mentes y guiarnos a través de la oscuridad de este mundo, y también nos protege del calor abrasador y los ataques del enemigo.

Mientras los hebreos seguían la dirección de Dios (columna/nube), fíjate adónde los llevó: al Mar Rojo, por una ruta bordeada de montañas. Esto resultó en una situación en la que parecían atrapados, con el ejército de Faraón persiguiéndolos y sin ninguna vía humana de escape.

Esto no fue un accidente, un descuido, un error de cálculo o un fracaso por parte de Dios. Fue intencional y necesario para que los hebreos fueran verdaderamente libres, no solo libres corporalmente, sino libres mental, emocional y espiritualmente —libres de su miedo, culpa, vergüenza, egoísmo y dependencia de las creencias paganas egipcias— para que pudieran avanzar en una confianza viva en Dios. Dios los llevó a este punto para que enfrentaran sus propios miedos, dudas y limitaciones humanas y eligieran confiar en Él y, así, experimentar Su bondad, amor y fidelidad, y, a través de esta experiencia, superar sus miedos en amor y confianza en Él.

A medida que confiamos en Dios y comenzamos a seguir Su guía, a menudo somos llevados a lugares en nuestras vidas donde parece que estamos atrapados y fuerzas destructivas —emociones, circunstancias, finanzas, relaciones, divorcio, problemas de custodia de hijos, problemas laborales— nos acosan, y desde una perspectiva humana, parece que no hay escape. Es entonces cuando Dios anhela que dejemos de enfocarnos en las amenazas y nos volvamos a Él con confianza, para recordar que Él es nuestro Salvador misericordioso, amoroso, poderoso y sanador que nos ha llevado a este mismo lugar. ¿Por qué? Para que podamos

elegir confiar en Él y ser liberados de nuestros propios miedos, dudas e inseguridades.

Quédate quieto y mira

Pero fíjate lo que hicieron los hebreos cuando vieron al ejército de Faraón. ¿Estás en peligro de hacer lo mismo cuando te enfrentas a amenazas en tu vida?

«Al acercarse Faraón, los israelitas alzaron los ojos y vieron que los egipcios marchaban tras ellos. Sintieron muchísimo miedo y clamaron al SEÑOR. Le dijeron a Moisés: —¿Acaso no había sepulcros en Egipto, que nos has traído al desierto a morir? ¿Qué nos has hecho al sacarnos de Egipto? ¿No te lo dijimos ya en Egipto: “Déjanos en paz; queremos servir a los egipcios”? ¡Mejor nos hubiera sido servir a los egipcios que morir en el desierto!» (Éxodo 14:10–12).

Observa la guerra espiritual que describen estos eventos y la aplicación de la lección práctica. Nacemos en miedo y egoísmo. Jesús vino para librarnos de esta condición terminal de pecado y darnos nuevos corazones que amen y confíen.

Después de haber recibido a Jesús, de haber nacido de nuevo con nuevos corazones que aman y confían, Satanás, el enemigo de todo lo bueno, reúne sus fuerzas para atacar con el fin de inflamar nuestro miedo y hacernos desconfiar de Dios y volvernos contra Él. El objetivo de los ataques del enemigo es asustarnos y activar viejos hábitos, viejos métodos de afrontamiento desadaptativos, viejas medidas de consuelo poco saludables, para hacernos correr de vuelta a los viejos “dioses”, en lugar de volvernos a nuestro Creador y Salvador para la liberación. En otras palabras, Satanás nos tienta a correr de vuelta a las cosas que nos habían esclavizado para “sentirnos seguros”.

Pero fíjate en la respuesta de Moisés:

«Moisés respondió al pueblo: —No temáis. Permaneced firmes [otras versiones, “quedaos quietos”—en otras palabras, dejad de estar frenéticos y en pánico] y veréis la liberación que el SEÑOR os traerá hoy. Los egipcios que hoy veis, no los volveréis a ver jamás. El SEÑOR luchará por vosotros; vosotros solo tenéis que estar quietos» (Éxodo 14:13–14).

Esta es la razón por la que Dios nos lleva a estos mismos lugares, para que tengamos la oportunidad de elegir —elegir confiar en Él en lugar de intentar salvarnos a nosotros mismos a través de nuestros viejos patrones de afrontamiento destructivos y basados en el miedo—. Es solo por nuestra elección de confiar en Dios que sanamos, maduramos, crecemos y somos liberados de la esclavitud del miedo y el egoísmo.

Así, en misericordia y amor, Dios siempre nos lleva a los diversos puntos de decisión que necesitamos enfrentar en nuestras vidas para liberarnos de lo que nos ha estado esclavizando, de modo que nunca más tengamos que lidiar con esos viejos enemigos.

Pero no podemos ser liberados de los viejos enemigos si seguimos eligiendo volver a ellos como una forma de intentar sentirnos seguros en el momento de nuestra angustia. Necesitamos hacer lo que Dios aconsejó: dejar de correr de vuelta a los viejos caminos y simplemente «estar quietos», confiando en Él, y verlo luchar por nosotros!

El pueblo escuchó a Moisés —lo cual es una lección práctica para nosotros—. Cuando estamos en angustia, temerosos, sintiéndonos atrapados, debemos reconocer que estamos siendo tentados a volver a nuestras viejas elecciones y relaciones esclavizantes; es entonces cuando debemos escuchar a Jesús, volvernos a Él y seguir Sus instrucciones; es entonces cuando debemos estar quietos y verlo librar la batalla y abrir el camino para nuestra liberación.

«Entonces el ángel de Dios, que había estado viajando delante del ejército de Israel, se retiró y fue detrás de ellos. La columna de nube también se movió de delante y se puso detrás de ellos, **interponiéndose entre los ejércitos de Egipto e Israel**. Durante toda la noche la **nube trajo oscuridad a un lado y luz al otro**; así que ninguno se acercó al otro en toda la noche» (Éxodo 14:19–20, énfasis mío).

La nube es un símbolo de Jesús, quien se interpone entre nosotros y nuestro enemigo. Él provee un cerco protector, deteniendo los principados y poderes de

la oscuridad, suficiente para que podamos avanzar en fe, caminando a través del mar de problemas en tierra seca.

Pero fíjate que la nube también trajo oscuridad a un lado mientras traía luz al otro lado. Esto representa una verdad poderosa: Dios es la fuente de luz y verdad, pero si rechazamos la luz y la verdad, si nos negamos a caminar en la luz de la verdad, entonces solo nos quedaremos con la oscuridad.

Es solo avanzando, moviéndonos hacia adelante, en la luz de la verdad que permanecemos en la luz, que permanecemos en el camino de la verdad. Incluso si una vez tuvimos la luz/verdad de Dios, si nos negamos a avanzar a medida que se revela más verdad/luz, entonces abandonamos la luz y terminamos en la oscuridad. Jesús describió este proceso con estas palabras: «Si entonces la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grande es esa oscuridad!» (Mateo 6:23).

Antes del nacimiento, la vida sin pecado y la muerte sacrificial de Jesús, los judíos tenían la verdad de que el Mesías vendría de la línea de Judá y nacería en Belén (Génesis 49:10; Miqueas 5:2; Mateo 2:5–6). Jesús es el cumplimiento de estas profecías, la verdad manifestada en la historia humana. Sin embargo, muchos judíos rechazaron esta verdad que se revelaba. Y habiendo rechazado a Jesús como el Mesías, cuando los judíos se aferran a las viejas “verdades” hoy y buscan al Mesías que aún ha de nacer de sus descendientes en Belén, ya no están en la luz; están en la oscuridad.

De igual manera, Faraón, habiendo rechazado toda la luz que le había sido revelada antes del Mar Rojo, había endurecido su corazón y destruido dentro de sí las facultades que reconocen la verdad, de modo que incluso en presencia de la fuente divina de la verdad, solo veía oscuridad. Así es para todos aquellos que se niegan a avanzar en la verdad, para aquellos corazones endurecidos que, incluso en presencia de la fuente de la verdad, aún solo ven oscuridad.

Debemos desarrollar corazones que amen la verdad, que mantengan nuestros ojos fijos en Jesús, y que busquen ansiosamente avanzar y seguir adelante en la luz de la verdad a medida que la comprendemos. Cuando hacemos esto después de nuestra conversión, cuando hacemos esto al enfrentar las amenazas y ataques

del enemigo, cuando hacemos esto cuando nuestros miedos aumentan y las tentaciones de volver a nuestras viejas esclavitudes nos oprimen, entonces veremos la luz; veremos el camino que Dios abre a través de lo que nos parecía imposible e intransitable.

Nuestra libertad llega a medida que confiamos y avanzamos por elección para aplicar lo que sabemos que es verdad.

Entre las Aguas

La lección del Éxodo continúa:

«Pero los israelitas pasaron por en medio del mar en tierra seca, con una muralla de agua a su derecha y otra a su izquierda. Aquel día el SEÑOR salvó a Israel de manos de los egipcios, e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar» (Éxodo 14:29–30).

Fueron salvados por el poder de Dios, sí, pero solo porque eligieron confiar y obedecer, para moverse ellos mismos hacia el lecho marino, caminando a través de las paredes de agua a cada lado. Y esto simboliza el bautismo, morir a la vieja vida, ser limpiado por el Espíritu Santo y salir de la tumba acuática para vivir nuevas vidas en una nueva tierra.

Después de la conversión, después de entregarnos a Jesús y de que el corazón sea limpiado por el Espíritu Santo, debemos elegir avanzar en la verdad, en acción, en hechos, para seguir el camino que Dios nos abre.

«Porque no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube y todos pasaron por el mar. Todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar. Todos comieron el mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo» (1 Corintios 10:1–4).

Y las mismas aguas que simbólicamente limpiaron y purificaron al pueblo ahogaron a los ejércitos de Egipto. Como lección práctica del bautismo, el apóstol Pedro también enseña esta lección cuando describe a Noé y su familia siendo librados a través de las aguas que ahogaron a los incrédulos:

«En ella solo unas pocas personas, ocho en total, fueron salvadas por medio del agua, y esta agua simboliza el bautismo que ahora también os salva a vosotros —no el quitar la suciedad del cuerpo, sino el compromiso de una buena conciencia para con Dios—. Os salva por la resurrección de Jesucristo, quien ha ido al cielo y está a la diestra de Dios —con ángeles, autoridades y poderes sometidos a él» (1 Pedro 3:20–22).

¡Qué poderosa lección práctica!

Las aguas simbolizan el poder limpiador del Espíritu Santo, que para todos los que confían en Dios mueren al miedo, al egoísmo, al pecado, a la vieja vida carnal, y renacen, son lavados y reciben un corazón nuevo y un espíritu recto. Los salvados atraviesan la tumba acuática por fe en Jesús y entregan sus viejas vidas de miedo, y viven solo porque reciben una nueva vida de amor y confianza, la vida de Cristo, a través del Espíritu Santo morando en ellos.

Pero los impíos se niegan a abandonar su vida de miedo, pecado y egoísmo, y así, las mismas aguas que limpian a los justos destruyen a los impíos.

Esto es simbólico del fin último del pecado y los pecadores, cuando los fuegos de la gloria dadora de vida de Dios fluyen, transforman, vivifican y revitalizan a los justos, mientras vivimos para siempre en la gloriosa presencia de Dios. Pero los impíos, que se aferran al pecado, encuentran los fuegos de la presencia de Dios, los fuegos del amor y la verdad infinitos, terribles de soportar porque la verdad y el amor les hacen experimentar la verdad de en quiénes han elegido convertirse y la verdad de lo que han hecho a otros. Sus corazones no convertidos ya no pueden negar, distorsionar o culpar.

En la presencia revelada de la gloria dadora de vida de Dios, los no salvos experimentan la plena conciencia de la realidad —y la odian y prefieren la muerte a la vida en la presencia de Dios—. Pedro establece esta conexión entre las aguas y el fin último en los fuegos:

«Primero que nada, debéis entender que en los últimos días vendrán burladores, que se mofarán y seguirán sus propios malos deseos. Dirán: “¿Dónde está esta ‘venida’ que prometió? Desde que nuestros padres

murieron, todo sigue igual que desde el principio de la creación”. Pero deliberadamente olvidan que hace mucho tiempo, por la palabra de Dios, existieron los cielos y la tierra fue formada del agua y por el agua. Por estas aguas también el mundo de aquel tiempo fue anegado y destruido. Por la misma palabra, los cielos y la tierra actuales están reservados para el fuego, guardados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos» (2 Pedro 3:3-7).

Como hemos visto, los eventos del Éxodo son poderosas lecciones para nosotros. Dios anhela liberarte de todo lo que te esclaviza. El enemigo hará todo lo que esté a su poder para inflamar tu miedo, tu duda, tu desánimo, tentándote a volver a tus viejos caminos, a esclavizarte una y otra vez. Es en esos momentos, cuando no ves ninguna salida humana, que te encuentras a las puertas de tu mayor oportunidad de liberación y victoria.

Dios te anhela, te anima, te ruega que dejes de luchar frenéticamente por sobrevivir, que te niegues a volver a tu viejo “dios”, a tus viejas medidas de consuelo disfuncionales, y simplemente te vuelvas a Él con confianza. Cuando hagas esto, cuando dejes de correr y te quedes quieto en confianza, prepárate, porque Dios abrirá el camino a través de cualquier obstáculo que esté interfiriendo con Su llamado, voluntad y propósito para tu vida, ¡y caminarás hacia una nueva vida victoriosa más allá de tu imaginación! Él solo espera que elijas confiar en Él y actúes sobre esa confianza siguiendo Su dirección.

Él quiere que seas libre, ¿qué elegirás?